

Dalmacia, los reyes de Bohemia y de Hungría, buscaron el apoyo del omnipotente Pontífice (1).

Inocencio parece ser el jefe espiritual y temporal de la cristiandad. El Imperio no es ya más que una sombra vana; ya no se dirigen los reyes al Emperador, sino al Papa, aún para asuntos temporales; no es ya el heredero de los Césares, sino el sucesor de los Apóstoles quien hace reyes. La consideración y la influencia universal de Inocencio son incontestables; pero es evidente también que la dominación universal del Papa tiene enemigos mortales en aquellos mismos que reclaman su intervención. Cuando un príncipe tiene fuerza para conservar su independencia, jamás quiere deber su corona a un soberano. Hay un poder irresistible en el principio de la soberanía; en vano exige Inocencio al coronar a los reyes un juramento de vasallaje; la corona emancipa. El príncipe de los Búlgaros había usurpado el trono; buscó en la protección de la Santa Sede un apoyo contra sus enemigos; pero una vez coronado, hace ya sus reservas, quiere conservar las manos libres para sus proyectos de engrandecimiento; ha buscado en el Papa un aliado, pero no un señor (2). El Rey de Aragón hizo el viaje de Roma más por ambición que por respeto hacia el Pontificado; esperaba que la consagración del Soberano Pontífice le diese autoridad sobre los grandes de su Reino; pero no consiguió sino hacer a sus vasallos más turbulentos; el orgullo español se sublevó contra el extranjero; el rey mismo se mostró vasallo poco obediente, y el Papa se vio obligado a recordarle el respeto hacia la Iglesia, y su juramento de fidelidad, lo cual no impidió que Pedro de Aragón combatiese en las filas de los Albigenses contra el ejército pontificio. Las armas espirituales de la Santa Sede no siempre hallaban un terreno favorable. En vano mandó Inocencio al Rey de Hungría que partiese para la cruzada, como se había comprometido; la excomunión, acompañada de la

(1) Véanse los testimonios en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 102.

(2) INNOCENT. *Epist.* VIII, 9: «*Non attendens quod Ecclesie pluribus de causis fidelitate tenearis adstrictus, et cui deberes esse devotus, te in omnibus indotum ostendas.*»

amenaza de deposición, no produjo efecto alguno sobre el espíritu del príncipe (1).

#### N.º 2.— *Inocencio y el Imperio.*

La debilidad de Inocencio frente a los reyes a quienes parece dominar se ve principalmente en sus relaciones con el Imperio de Alemania. El Imperio era como una creación de los papas; el Emperador, armado con la espada temporal, debía ser el protector de la Iglesia, el defensor de la Santa Sede. Carlo-Magno y Oton cumplieron estos deberes, pero la independencia de los soberanos pontífices padeció; el llamado a proteger, fácilmente se convierte en señor. Había en la concepción del Imperio cristiano una contradicción que debía conducir a una hostilidad mortal. ¿Podía consentir el Emperador, jefe de la cristiandad, que se llamaba el señor del mundo, el sucesor de los Césares, el soberano de los reyes, en no ser más que el instrumento, el arma del Pontificado? Los emperadores bien querían ser los protectores de la Iglesia, pero ejerciendo los derechos de Carlo-Magno y de Oton. Los papas, desde Gregorio VII, no querían ya ser subordinados; órganos de Dios, tenían la ambición de dominar sobre los reyes. ¿Cómo conciliar pretensiones inconciliables?

Los derechos del Imperio encontraron en los Hohenstaufen una raza nacida para el mando. Federico Barbaroja luchó toda su vida contra el espíritu de libertad de las ciudades lombardas, que atacaba al poder imperial en su principio, y contra las pretensiones del Pontificado, que tendían a hacer del señor de *la Ciudad y del Mundo* un vasallo del Papa. Sucumbió, pero tampoco el Pontificado salió victorioso de la lucha; venció a un emperador, pero el Imperio subsistió, y con él el peligro de nuevos combates, en los cuales la fortuna y el genio podrían dar la victoria al Emperador. El hijo de Federico no tenía las cualidades de su padre; pero la fuerza en manos de un príncipe joven, emprendedor, temerario, implacable, estuvo a punto de ser fatal a la Santa Sede. El

(1) INNOCENT. *Epist.* I, 10.

Pontificado queda casi anulado durante el reinado de Enrique VI. El Emperador se apodera del reino de Sicilia y se niega á rendir homenaje al Papa; dispone como señor del patrimonio de San Pedro; el Soberano Pontífice es encerrado en Roma como en una prision. Enrique VI le aísla de la cristiandad; prohíbe á clérigos y laicos el dirigirse á la Iglesia romana, el apelar á Roma; los fieles que van á consultar al Vicario de San Pedro son colmados de ultrajes, despojados, cargados de cadenas. El Emperador dispone de los obispados: ¡ay de los clérigos y de los obispos que se atreven á disputarle sus derechos! Se les da de golpes, se les mutila, se los atormenta y se los arroja al mar ó perecen en las llamas (1). ¡Y el Papa permanece mudo! ¡La Santa Sede no fulmina sus rayos!

La prematura muerte de Enrique VI, la menor edad de Federico II y el advenimiento de Inocencio III, cambian de repente el estado de la cristiandad. Todo favorece al Papa. Los príncipes alemanes se dividen; unos escogen por rey al hermano de Enrique VI, otros á un príncipe de la casa de Sajonia. Las simpatías de Inocencio no podían ser dudosas: despues del reinado de Enrique no puede consentir en poner la corona imperial sobre la cabeza de un Hohenstaufen. Sin embargo, el Papa, político consumado, deja en un principio luchar á los dos partidos, sus disensiones debilitan el Imperio, que es el enemigo del Pontificado (2). ¿Para qué ha de intervenir Inocencio en la lucha? Sabe que los dos pretendientes se han de ver obligados á implorar su apoyo. Entónces el Soberano Pontífice se decide; rechaza á Felipe de Suabia porque es Hohenstaufen. En una larga acta de acusacion recuerda todo el mal que aquella raza maldita ha hecho á la Iglesia: «Felipe es un perseguidor, nacido de una familia de perseguidores. Enrique V, el primer príncipe de Suabia

(1) *Gesta Innocent.*, c. 8; — *Registrum Innocentii de negotio Imperii*, Ep. 29, 33; — RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 525, 547; — GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, 2, § 53, nota r.

(2) El poeta contemporáneo WALTHER VON DER VOGELWEIDE acusa al Papa de doblez; ha engañado á los dos pretendientes:

«Ze Rome horte ich liegen.»

Von der Hagen, *Minnesinger*, t. I, p. 224, núm. 2.

que llegó al Imperio, se apoderó, por medio de la violencia y de la perfidia, de Pascual y de los cardenales: arrancó al Papa privilegios contrarios al derecho de la Iglesia. Cuando Pascual, libre de sus hierros, revocó sus concesiones, el Emperador creó un antipapa: de ahí el largo cisma que duró hasta Calixto II. Federico Barbaroja hizo grandes promesas á Adriano, que le coronó: sabido es cómo las cumplió. Él fué quién respondió á las censuras de Alejandro III: «Si no estuviésemos en una iglesia, sentirías cómo hieren las espadas de los Alemanes.» Enrique su hijo empezó su reinado atacando á mano armada al patrimonio de San Pedro, y no cesó de maltratar al clero. Felipe sigue sus huellas; ¿no ha tomado el título de Duque de Toscana y de Campania, usurpando los bienes de San Pedro hasta las puertas de Roma? Elevarle al Imperio sería dar armas á un furioso contra nosotros, sería poner en sus manos la espada dirigida contra nuestra cabeza. Aun cuando fuese tan inocente como un niño recién nacido, deberíamos rechazarle. La raza de los Hohenstaufen ha colmado la medida; el día de la venganza se aproxima; la Sagrada Escritura nos enseña que los hijos pagan las culpas de sus padres hasta la tercera y cuarta generacion» (1). Inocencio profetiza las desgracias de la casa de Suabia: el último vástago perdió su cabeza en un cadalso, pero no dirémos, como el Papa, que fué para expiar las culpas de sus padres. Solamente Dios sabe por qué aquel que es inocente á los ojos de los hombres sufre al parecer la pena de las faltas que no ha cometido, y por las cuales no debe ser castigado, diga lo que quiera la Sagrada Escritura.

Inocencio esperaba encontrar en Oton un rey á medida de su deseo. Descendía por su madre de los reyes de Inglaterra, por su padre de los duques de Sajonia, que se habian mostrado todos adictos á la Iglesia. El Papa le llama al trono: «Por la autoridad que nos ha sido conferida en la persona de San Pedro, te recibimos como rey; mandamos que en adelante te se rinda en este concepto respeto y obediencia.» Inocencio escribe al mismo tiempo á los príncipes laicos y eclesiásticos; les explica las razones que le habian decidido en favor de Oton, y les manda que le obedez-

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. 29.

can; en cuanto á los juramentos que hayan prestado á otro que á Oton, promete poner á cubierto su reputacion y su conciencia (1). ¿Cómo acogieron los príncipes alemanes este acto de autoridad? ¿Se apresuran, como en los tiempos de Gregorio VII, á ejecutar las órdenes del Soberano Pontífice? Los numerosos partidarios de los Hohenstaufen, y entre ellos príncipes de la Iglesia, protestan contra la decision de Inocencio; le niegan el derecho de intervenir en la eleccion de los reyes: «La razon no puede comprender, dicen, la fe sencilla no puede creer que el trastorno de todo derecho parte de la sede de la justicia..... ¿Dónde habeis leído vos, Papa, dónde habeis leído vosotros, cardenales, que vuestros predecesores se hayan mezclado jamas en la eleccion de un emperador romano? ¿que hayan sido electores ó que hayan juzgado de la validez de la eleccion? Responded si podeis. Por el contrario, era un privilegio de la corona imperial que la eleccion del Papa se hiciese con el consentimiento del Emperador. Los emperadores, por respeto á la Iglesia, han renunciado á ese derecho. Si un laico en su sencillez abandona un derecho que le pertenece, ¿cómo puede Su Santidad extender la mano sobre un bien que jamas le ha pertenecido?..... En caso de eleccion dudosa, no hay juez superior cuya sentencia pueda ser decisiva; solamente los príncipes tienen condiciones para elegir un rey. El Mediador, el Hombre-Dios, ha separado los dos poderes y les ha asignado una mision diferente: el que sirve á Dios no debe mezclarse en los asuntos temporales; el que está entregado á los asuntos de este mundo no debe presidir á las cosas divinas» (2).

Esta enérgica protesta atacaba al poder temporal del Pontificado en su fundamento. Los príncipes provocaban á Inocencio á que respondiese si podia; pero ¿cómo confesar pretensiones que una vez expresadas habian de tener tantos enemigos como príncipes? El Papa, legista eminente, salió del compromiso por medio de sutilezas; escribió á los príncipes: «Léjos de nosotros el negaros el derecho que os corresponde de elegir vuestro rey. ¿Pero de dónde proviene este derecho? ¿No es de la Iglesia romana,

(1) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 29, 32, 33.

(2) *IBID. Registr. de negot. Imperii, Epist.* 61.

que desde el tiempo de Carlo-Magno ha transferido el Imperio de los Griegos á los Germanos? ¿No es el Papa quien corona al Emperador? Pues bien, si nos corresponde á nosotros el consagrar al Emperador, debeis reconocer que tenemos el derecho de examinar la persona del elegido, porque es una regla general que el exámen de la persona pertenece á aquel que impone las manos. Si los príncipes eligiesen, aunque fuese por unanimidad, á un sacrilego, un excomulgado, un insensato, un hereje, un pagano, ¿tendríamos obligacion de coronarle?..... Nuestro legado no ha desempeñado ni el oficio de elector ni el de juez; no ha elegido ni hecho elegir á nadie; ha denunciado al Duque de Suabia como indigno del Imperio; ha declarado cuál es el príncipe digno de la corona. Estando divididos los electores, hemos debido intervenir, porque la Santa Sede no puede estar sin defensor; la Iglesia no debe sufrir por la division de los laicos» (1).

Estas argucias de legista no engañaron á nadie: «Se acabó la libertad de Alemania, dice Felipe de Suabia, si el Emperador no puede ser elegido sin el consentimiento del Soberano Pontífice» (2). En efecto; á esto conducian las pretensiones de Inocencio. Gozaron de poco favor en Alemania. Hasta los obispos se negaron á escuchar la voz del jefe de la cristiandad; el legado del Papa confiesa que si los príncipes eclesiásticos hubiesen seguido el partido de Oton, éste hubiera triunfado (3). La oposicion contra la Santa Sede era tan viva, que los príncipes estaban dispuestos á elegir un tercer emperador en odio á la Iglesia de Roma (4). Inocencio lanzó la excomunion contra los que siguieron el partido del Duque de Suabia. Pero los rayos de la Santa Sede fueron impotentes; los obispos permanecieron fieles á los Hohenstaufen, y continuaron en sus funciones eclesiásticas como si no existiese tal

(1) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 62.

(2) *IBID. Epist.* 52.

(3) *IBID. Registrum de negot. Imperii, Epist.* 31 (*Episcopi Prænestini ad dominum Papam*): «*Istud pro certo scientes, quia si Ecclesiastici principes Domino regi Ottoni á principio fideliter adhesissent, vel adhuc eidem vellent viribus et animis adherere, nulla vel modica esset difficultas in ipsius progressu negotii.*»

(4) «*In odium Romanæ Ecclesiæ.*» INNOC. *Registr. de negotio Imperii, Ep.* 51.

excomunion. Vióse á algunos prelados prender ó encerrar en prision á los mensajeros del Papa; otros manifestaron su desobediencia rindiendo á Felipe de Suabia los honores debidos á un rey legítimo (1). Inocencio, en su dolor, exclamó: «¡Las llaves de San Pedro son despreciadas!» (2).

Los obispos se guiaban más por su interes político que por la voluntad del Papa. El poder de los Hohenstaufen tenía fuertes raíces en Alemania; tenían tambien á su favor al Rey de Francia. El derecho que se abrogaba el Papa de imponer un jefe á la Alemania comprometia lo mismo la existencia de la monarquía que la del Imperio. Felipe Augusto hizo oír á Inocencio palabras severas, casi amenazadoras: «Es una injuria para el Rey de Francia, dice, es una injuria para todos los reyes. Hemos sufrido con paciencia muchas cosas, pero no consentiremos jamas una cosa que lastima nuestro honor y hiere la dignidad de nuestra corona. Si persistís en vuestro designio, tomaremos por nuestra parte las medidas que exijan nuestro interes y las circunstancias» (3). Inocencio fué vencido por la oposicion universal que encontraba su protegido; al verle abandonado por los príncipes, láicos y eclesiásticos, entró en negociaciones con Felipe de Suabia, y se hubiera visto obligado á coronar á aquel á quien habia excomulgado, si el asesinato de Felipe no le hubiera sacado de aquella embarazosa situacion (4).

Inocencio triunfa; cree haber alcanzado el objeto que se habian propuesto los papas desde Gregorio VII: la union íntima de la Iglesia y del Imperio por la completa subordinacion del Emperador al Papa. En la efusion de su alegría escribió al emperador Oton: «Bendito sea Dios, cuya inefable misericordia ha cumplido nuestros designios para honra y provecho, tanto de la Igle-

(1) HURTER, *Innocent III*, t. I, p. 408 (de la traduccion).

(2) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 80: «Cum multi archiepiscoporum et episcoporum fidem non teneant, juramenta non servent et despiciant Petri claves.»

(3) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 63.

(4) *Chronic. Ursperg.* p. 310: «Inducitur Papa ut velit permitttere, quatenus regnet Philippus.» — Acerca de las negociaciones entre Inocencio III y Felipe, véase CHERRIEB, *Historia de la lucha de los Papas y de los Emperadores de la casa de Suabia*, t. II, p. 120 y sig.

sia como del Imperio y de toda la cristiandad.... Ved, mi muy querido hijo, nuestra alma está tan unida á la tuya, nuestro corazon se ha fundido de tal modo en tu corazon, que creemos querer y sentir la misma cosa, como si no fuésemos más que una sola alma y un solo corazon. ¡Qué ventajas han de resultar de esta union! No podria describirlas la pluma, ni expresarlas la lengua, ni concebirlas la inteligencia. Porque á nosotros dos nos está confiada la direccion suprema del mundo. Si estamos de acuerdo y si nos entendemos para hacer el bien, entónces se realizarán las palabras del profeta: «El sol y la luna marcharán acordes, lo que es torcido se rectificará, y lo que es áspero se suavizará» (1).

La unidad del mundo cristiano por el Papa y el Emperador parecia realizada; pero esta unidad estaba viciada por contradicciones interiores que hacian imposible su realizacion. Jamas fué tan evidente la impotencia del Pontificado como cuando parecia haber alcanzado el colmo de su poder. Oton recibió la corona imperial en 1209, y en 1210 Inocencio le excomulgó y le depuso. La union del Papa y del Emperador no habia durado un dia. Sin embargo, este Emperador lo debia todo al Papa; Oton confesaba que sin Inocencio no sería más que polvo y ceniza (2). Pero los principios y las exigencias de las posiciones tienen más fuerza que los lazos del reconocimiento: el Emperador no puede ser el vasallo del Papa. Oton escribe á Inocencio que no trata de negar su poder espiritual; quiere que este poder permanezca íntegro, y aún que se desarrolle bajo la égida de la autoridad imperial; pero recuerda al Papa que el Emperador tiene pleno poder sobre lo temporal, cuya decision no corresponde á la Santa Sede (3): «Ejerce libremente la plenitud del poder espiritual, pero tambien es nuestra firme voluntad resolver todos los asuntos temporales como Emperador» (4). Hay siempre dos pretensiones in-

(1) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 179.

(2) INNOCENT. *Registr. de negot. Imperii, Epist.* 106: «Cum in cinerem et favillam negotium nostrum redactum fuisset, si manus vestra vel auctoritas beati Petri in partem nostram non declinasset.»

(3) «In temporalibus plenam habemus potestatem, de quibus vobis non convenit judicare.»

(4) Véase la carta de Oton en HAHN, *Collect. Monumentorum veterum*, t. I, p. 209.

conciliables frente á frente. Si el Papa tiene la omnipotencia espiritual, ¿cómo no ha de tener acción sobre lo temporal? Si el Emperador puede gobernar el mundo sin preocuparse por el Pontificado, ¿qué es de la silla de San Pedro? Inocencio fué profundamente afectado por una decepción que destruía todas sus esperanzas. La ingratitud de Oton le indignó; se echó en cara el haber forjado por sí mismo la espada que le hería. El Gran Papa no halló consuelo más que en estas palabras del Creador: «*Yo siento haber creado al hombre*» (1).

¿Vió Inocencio lo imposible de sus pretensiones? Protesta que no ha querido usurpar los derechos de los príncipes; rechaza como una calumnia la censura que se le dirigía de querer arruinar el Imperio alimentando la anarquía que lo desgarraba: «*Si he intervenido en favor de Oton contra Felipe, dice, es en interés de los príncipes, para garantizar el derecho que tienen de elegir su jefe; la elección de Felipe de Suabia hubiera hecho hereditaria la corona en la familia de los Hohenstaufen con gran perjuicio de la libertad germánica*» (2). Un sabio historiador ha tomado al pie de la letra esta justificación: *Hurter* atribuye al Pontificado la cultura intelectual tan variada y tan rica que distingue á la Alemania, al paso que bajo una monarquía hereditaria hubiera formado un cuerpo poderoso al parecer, pero sin vida real (3). No podemos participar de esta apreciación excesivamente ciega de la política pontificia. El interés personal se manifiesta en toda la conducta de Inocencio; si aparta á los Hohenstaufen del trono de Alemania es porque el poder de aquella terrible familia compromete la existencia del Pontificado; si quiere que el Imperio sea electivo, es porque una monarquía de Alemania hereditaria en cualquier familia que fuere hubiera sido peligrosa para los papas. Debilitar la Alemania dividiéndola, hacer del Imperio un instrumento en manos del vicario de San Pedro, tal era la política necesaria de Inocencio. No dió resultados más que á medias. La Alemania quedó

(1) INNOCENT. *Epist.* XIII, 210.

(2) «*Nos qui non ad destructionem Imperii, sicut quidam pestilentes homines metuantur intendimus, sed ad conservationem et provisionem ipsius potius aspiramus.*» (INNOCENT. *Epist.* II, 293, 294. *C. Registr. de negot. Imperii, Epist.* 15.)

(3) HURTER, INNOCENT. t. I, p. 146 y sig. (de la traducción).

dividida y el Imperio débil; á pesar de esto, la dominación que los papas trataban de alcanzar desde Gregorio VII se les escapó en el momento en que creían cogerla.

En la lucha de diez años que desgarró á la Alemania, el Pontificado es tan débil que admira. Inocencio, aquel hombre bajo el cual fué tan formidable la Santa Sede (1), es abandonado hasta por los obispos; sus armas espirituales son impotentes; su protegido es desamparado por todos; es preciso que la muerte venga en apoyo del Pontificado. Pero apenas coronado Oton, vuelve contra el Papa la espada que de él ha recibido. Para humillar á Oton se ve obligado Inocencio á realzar al enemigo mortal de la Iglesia, Federico II, á quien él mismo había hecho excluir del trono de Alemania. Con esto prepara á sus sucesores una lucha terrible, en la cual perecerán el Imperio y el Pontificado. Hé aquí adónde conduce la monarquía pontificia. Toda falsa concepción lleva en sí misma el principio de su ruina.

#### § IV.— Influencia política y moral de Inocencio.

El Pontificado reivindica la soberanía espiritual, y el poder espiritual le lleva fatalmente á usurpar el poder temporal; pero, ¿qué objeto se proponen los papas? ¿Qué misión se atribuyen en medio del mundo feudal? Los enemigos del catolicismo tienen pronta una contestación á esta pregunta; el objeto supremo de los papas era el engrandecimiento de su poder, la dominación universal. Es cierto que la personalidad desempeña un gran papel en las cosas humanas; el mismo Dios lo ha querido así, porque el hombre necesita un principio de acción, y no puede hallarlo más que en su individualidad. Si la ambición es un elemento necesario de la vida, ¿por qué achacarla como un crimen á los papas? Pero este sentimiento egoísta no explica por sí solo la conducta del Pontificado en la Edad Media. Lo hemos dicho muchas veces: los grandes sucesos no se deben á pequeñas pasiones. Si los

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 50.

Sobernos Pontífices eran celosos por la extension de su poder, es porque este poder era á sus ojos un derecho que habian recibido de Jesucristo y que ejercian en interes de la cristiandad. El poder por el poder no ha sido jamas el objeto de los grandes papas; tenían una ambicion más elevada. Escuchemos á Inocencio III: «La divina Providencia nos ha colocado sobre los pueblos y sobre los reinos, no para devastarlos, sino para que arranquemos las malas plantas y para que plantemos las buenas yerbas con el profeta. Dirigimos nuestras miradas sobre el mundo cristiano, y vemos con solicitud por calmar las tempestades que hace nacer el espíritu de division, y por reanimar la caridad, que debe ser el lazo de la verdadera paz» (1). Así, pues, el Pontificado es el órgano de Dios para hacer reinar sobre la tierra el derecho y la justicia.

Jamas se ha atribuido ningun poder una mision más elevada; no han podido concebirla los papas más que porque se creian los vicarios del Hijo de Dios. Pero no es un hombre, sino la humanidad entera quien es el órgano de Dios; ella sola podrá realizar el ideal concebido por el Pontificado, el reinado de la caridad y de la justicia. Por mejor decir, este es el objeto final de sus esfuerzos, al cual debe tender, pero que no le es dado alcanzar jamas. El Pontificado no tenía las condiciones necesarias para conducir al género humano hácia el término de su destino. El ideal de la justicia implica la libertad; ¿podian los papas favorecer la libertad, cuando su influencia se fundaba en la autoridad más absoluta? El ideal del derecho implica la paz; ¿podian imponer los papas con sus armas espirituales la concordia á las pasiones violentas que agitaban el mundo feudal? El Pontificado, poder esencialmente religioso, no estaba llamado á influir más que sobre las almas; tenía por mision la educacion moral de los pueblos. Así veremos á Inocencio fracasar en las luchas políticas, al paso que triunfa en las luchas morales.

(1) INNOCENT. *Epist.* I, 410.

N.º 1.—*Inocencio y la libertad inglesa.*

Los motivos que indujeron á Inocencio á intervenir en los asuntos de Inglaterra son puros y legítimos. La Iglesia se hallaba oprimida por un rey que figura entre los príncipes más miserables. Juan sin Tierra llevaba al gobierno eclesiástico aquella violencia desordenada, aquellas innobles pasiones que hicieron de su reinado el reinado de la anarquía y de la fuerza bruta. Unas veces impedía las elecciones, á fin de apoderarse de las rentas de las iglesias; otras obligaba á los electores á nombrar hombres de su gusto, siempre por una razon de avaricia (1). Una eleccion muy disputada, la del Arzobispo de Cantorbery, fué la ocasion de una larga lucha entre la Santa Sede y el Rey de Inglaterra. Importa poco que la intervencion de Inocencio no haya sido muy regular (2); el Papa no podia dejar la Iglesia anglicana á merced de una tiranía tan cruel como avara. La resistencia de Juan sin Tierra obligó á Inocencio á poner en entredicho á Inglaterra. El Rey, irreligioso sin ser incrédulo, no se preocupó por la suspension de las ceremonias católicas. Lo consideró como una buena fortuna; puso los obispados, las abadías, los prioratos, bajo la guarda de sus oficiales, y confiscó sus rentas. El clero se vió entregado á las burlas de los hombres de armas. Un bandido robó y mató en un camino á un sacerdote; se preguntó al Rey qué debía hacerse con el matador; Juan respondió: «Me ha librado de uno de mis enemigos, que se le deje libre» (3). Esta persecucion furiosa é incesante duró dos años. Entonces Inocencio excomulgó al Rey de Inglaterra y absolvió á sus súbditos de su juramento de fidelidad. Por fin declaró á Juan excluido del trono, dió la corona de Inglaterra al rey de Francia, y encargó á Felipe Augusto que ejecutase su sentencia. Inocencio indujo á todos los señores de la cristiandad á tomar la cruz para

(1) INNOCENT. *Epist.* v, 160.

(2) PLANK (*Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung*, t. IV, p. 488) dice que la intervencion de Inocencio era una insolencia sin ejemplo.

(3) MATTHÆUS PARIS, *Chronic. ad a.* 1208, p. 190 (edic. de Lóndres de 1684).